

Diario de Irak / Nota V de VII

El frenético renacer de la prensa y la cultura

Florece los periódicos, las artes y el interés por la literatura, mientras los iraquíes revelan un gran optimismo por el futuro

- **Aseguran que la libertad de expresión es total**
- **Creen que lo que les espera será mejor que los 35 años del régimen de Saddam**
- **Los sueldos subieron, pero el desempleo también**

BAGDAD.- El dramaturgo, periodista, militar, artillero, bon vivant y optimista a machamartillo Ahmad Hadi es alto, fuerte, simpático y, con su exuberante anatomía, parece enjaulado en los estrechos cuartos de la casa donde ha instalado su redacción el periódico Azzaman (El Tiempo). Comenzó a editarlo, en su exilio de Londres, un célebre periodista de la oposición iraquí a la dictadura, Saad Al-Bazaad, desde que rompió con Saddam Hussein en 1991, a causa del primogénito del déspota, el inefable Uday, encargado entre otras innumerables cosas (además del Comité Olímpico, la Asociación de Fútbol, el periódico Babel y muchas otras cosas) del Sindicato de la Prensa.

Gracias a la caída del régimen, el diario tiene ahora cuatro ediciones: en Londres, en los Emiratos Arabes, en Basora y ésta de Bagdad. Comenzó a aparecer aquí en la capital el 27 de abril y tira ya 60 mil ejemplares. Dentro de la frenética proliferación de periódicos que aparecen en Irak desde el 9 de abril, Azzaman es, según opinión general, el más consultado, tal vez el más influyente.

Lo producen 45 periodistas -15 de ellos mujeres- que caben a duras penas en esta casita apretada donde apenas respiramos, porque los cortes de corriente apagan los ventiladores a cada rato y nos sumen en el sudor, las palpitations y el agobio. Pese a ello, todo en el ambiente respira energía, diría incluso que alegría, y los redactores que entran y salen o se afanan sobre las computadoras -casi todos jóvenes- son muy amables.

Bañado en sudor y todo, el jefe de la redacción de Azzaman no pierde su entusiasmo, ni su risueña manera de pasar revista a su agitada vida. Su vocación era el teatro y eso es lo que estudió, graduándose en la Escuela de Arte Dramático de Bagdad con un estudio, adaptación y montaje de "El enfermo imaginario", de Molière. Se disponía a iniciar una carrera de actor y director teatral, pero el régimen decidió algo distinto y lo incorporó al Ejército, en el arma de la artillería, donde lo retuvo once años, ocho de los cuales se los pasó combatiendo en la enloquecida guerra contra Irán que desató Saddam Hussein y que dejó un millón de muertos.

Ahmad Hadi, que era ya capitán de artillería, colgó el uniforme y se disponía a volver a su viejo amor, las tablas, cuando estalló la intifada chiita contra la dictadura, de 1991, en la que participó activamente. Luego del fracaso del levantamiento, cuando las matanzas de castigo, consiguió escapar por la frontera de Arabia Saudita. Mientras estaba en el exilio, el régimen, en represalia por su rebeldía, le quemó sus dos casas, con todo lo que había adentro. Todo eso me lo cuenta muerto de risa, como si el asunto tuviera gracia o como si la víctima de aquellas desventuras fuera alguien que detesta.

Acaso su felicidad tenga que ver con que Ahmad Hadi ha podido ahora, por fin, ya en la cuarentena, materializar su siempre viva y tantas veces frustrada vocación teatral. Su obra "Que se obedezca al demonio", de la que se dieron cuatro representaciones en un escenario natural, entre los escombros de Bagdad, ha sido un éxito monumental y me han hablado de ella, con grandes elogios, muchos iraquíes. Participaron en el elenco nueve actores y una actriz, que hacía también de bailarina, y los actores aparecieron maquillados con las cenizas de los incendios que el transeúnte encuentra desparramadas por doquier en las calles de la ciudad.

Oír al robusto, sudoroso, gesticulante Ahmad Hadi explicarme su obra es, casi, estoy seguro, tan estimulante como verla. La describe con animación, ademanes, jocundas carcajadas y secándose los chorros de sudor que le empapan la cara y la camisa. La obra es una recreación del "Otelo" de Shakespeare, una obra que, me asegura Hadi, parece escrita teniendo en mente la tragedia iraquí porque calza en ella como un guante.

Además, hay otras coincidencias, verdaderas premoniciones del bardo isabelino. Otelo, leído al revés, de derecha a izquierda, como se lee en árabe, produce en esta lengua un sonido parecido a "Leota", que quiere decir "Que se le obedezca". Mi traductor, el profesor Bassam Y. Rashid, que es lingüista, se enfasca en un diálogo filológico con él, y por fin admite que es así: "Que se obedezca", en efecto. Lo del demonio lo añadió el propio Ahmad Hadi; aunque,

ESPACIO DE PUBLICIDAD

Agosto				
dom	mar	mie	jue	vie
		1	2	3
6	7	8	9	10
13	14	15	16	17
20	21	22	23	24
27	28	29	30	31

2001

archivo
LA NACION LINE

Fotos



En Bagdad, un grupo de iraquíes lee las tapas de los flamantes diarios

Foto: AP

TEMAS RELACIONADOS

[> Un Khomeini critica a Irán](#)

me dice, la presencia infernal está sobreentendida en la idea de que una sociedad "obedezca" a una fuerza irracional y destructora.

El mundo de celos, odios desatados, rivalidades, envidias, crímenes, traiciones, fue el clima en el que transcurrió la vida en los palacios del déspota. La traición de Yago, me asegura, es simbólica de la perfidia del jefe de Estado Mayor de Saddam Hussein que, por celos, entregó Bagdad a las fuerzas norteamericanas sin dejar que los soldados iraquíes combatieran. No tiene la menor duda: su versión de Otelo representa lo que ha vivido Irak todos estos años y por eso los bagdadíes se sintieron tan identificados con la obra.

Peor que Saddam, imposible

Es la única vez, en nuestra conversación, en que el optimista Ahmad Hadi dice algo que pudiera tomarse como una velada crítica a las fuerzas de la coalición. En todo lo demás, su visión de la actualidad iraquí transpira confianza y reconocimiento. "Soy optimista por una razón muy simple: peor que Saddam Hussein no puede haber nada. Después de esa experiencia atroz, sólo podemos ir para mejor."

El cree que ahora que la CPA (Coalition Provisional Authority) designó el Consejo de Gobierno iraquí, en el que, está seguro, está representado todo el espectro político del país y conformado por personalidades de prestigio, la confianza de la población renacerá, se impondrá el orden ciudadano, se restablecerán los servicios e irán desapareciendo la incertidumbre y la inseguridad que han reinado.

El gran anhelo de los iraquíes, está convencido, es vivir en paz, sin odio, sin violencia, y construir una democracia moderna, tolerante, laica, pluralista, a la manera occidental. Eso es lo que Azzaman promueve y practica en sus páginas, donde se expresan distintas opiniones, sin ninguna clase de trabas. Incluso entre los sectores religiosos más politizados, sunnitas o chiitas prevalecen -ahora- no los extremistas sino los moderados, dispuestos a hacer un esfuerzo por coexistir y, sobre todo, para que no vuelva a repetirse la pesadilla del baathismo.

El pueblo no olvidará nunca estos 35 años. De recordárselo se encargan sobre todo las fosas comunes que siguen apareciendo en todas las provincias de Irak con los cadáveres de los desaparecidos, torturados y ejecutados. Las cifras que me da, con seguridad enfática, superan incluso a las que me dieron en la Asociación de Prisioneros Libres. Me producen vértigo. Sé que en ellas hay más de ficción que de realidad, pero, aun haciendo las rebajas más drásticas, el resultado es espantoso. Cada vez que escucho de boca de los iraquíes testimonios sobre los horrores de Saddam Hussein la memoria me regresa a la República Dominicana y a las cosas que ahí oí sobre las hazañas del generalísimo Trujillo.

Ahmad Hadi asegura categóricamente que la cifra de ocho millones de víctimas de la tiranía del Baath, es perfectamente realista, pese a mi cara de incredulidad. Le digo que no importa si exagera. Yo no he venido a Irak a escuchar sólo las verdades, sino también las ficciones en que creen los iraquíes, pues las mentiras que se inventa un pueblo expresan a menudo una verdad muy profunda y son tan instructivas para entender una dictadura como las verdades objetivas.

El insiste en que esa montaña de ocho millones de cadáveres está cerca de la verdad histórica. Y añade que basta hacer un cálculo con los cadáveres de las fosas comunes que han aparecido desde abril: hay por lo menos tres en cada provincia de Irak, y en una sola de ellas, en Babilonia, yacían unos 115 mil cadáveres. Le digo que ésa es la ciudad de asesinados más grande de la que he oído, después de las carnicerías nazis del Holocausto. El insiste en darme más estadísticas del horror: en Shanafia, de apenas 20.000 habitantes, se han contado ya cerca de 85.000 restos humanos víctimas de la vesania homicida del Baath y Saddam Hussein.

¿Cómo, después de un pasado donde se perpetraron horrores tan vertiginosos, no mostrarse esperanzados con el futuro, pese a los apagones, a la falta de agua, a la anarquía y a la inseguridad? Ahmad Hadi reclama sanciones ejemplares para Saddam y sus hijos y cómplices, pero no es partidario de que sean llevados a un tribunal internacional. Deben ser juzgados aquí, por tribunales y jueces iraquíes. Será un ejemplo que vacunará a Irak para siempre contra las dictaduras.

Le pregunto si se puede decir que, hoy, hay en su país libertad absoluta para escribir y publicar. "Libertad absoluta, como no la ha habido nunca en la historia de Irak." E, incluso, en el ámbito económico, quienes tienen trabajo deben reconocer que su situación ha mejorado (el caso de los desempleados, la mayoría del país, es distinto, desde luego). Por ejemplo, los periodistas, en tiempos de Saddam Hussein, ganaban unos diez mil dinares mensuales (el equivalente a cinco dólares). Ahora ganan el equivalente a 200 dólares. ¿No es una gran mejora? Me dice que él, por ejemplo, con su primer sueldo de 200 dólares corrió a comprar el repuesto que tenía a su nevera inutilizada hacía dos años. Su mujer, en cambio, maestra de escuela, se gastó su primer sueldo a la liberación comprando una antena parabólica que les permite ahora ver estaciones de televisión de todo el mundo. ¡Y está feliz!

Ahmad Hadi es del sur, de la región encuadrada por las ciudades místicas chiitas de Najaf y Kerbala. Me invita a su casa -lo hacen siempre los iraquíes, apenas lo conocen a uno, algo que me recuerda la hospitalidad latinoamericana- a conocer su tierra. Pero él no está pensando en la mística chiita ni en los efluvios sagrados del lugar, sino en cosas más materiales. "Entre Najaf y Kerbala se produce el mejor arroz de Medio Oriente", se exalta. "Venga, venga y le

prepararé un manjar que no olvidará el resto de su vida."

Una ciudad color de tierra

Las carcajadas brotan de su enorme cuerpo, de tanto en tanto, como uno de esos alaridos con que se animan los guerreros antes de entrar en la batalla. "Cómo no van a estar mejor las cosas en Irak", exclama, "Antes yo tenía que beber ese alcohol venenoso que se vende a granel ¡y ahora bebo malteado escocés!"

Hace bien hablar con alguien como el periodista y dramaturgo Ahmad Hadi, convencido de que, inclusive en el problemático y destrozado Irak, la vida merece ser vivida. Salgo del periódico a hacer un recorrido por el centro de Bagdad y tengo la sensación de andar por un mundo conquistado por el desierto, que ha manchado color de tierra las fachadas de los edificios, las plazas y los árboles, los monumentos públicos y hasta las caras de las gentes. Los corpúsculos resecos flotan en el aire y penetran en la boca y las narices del transeúnte, impregnándolas de sabor arenoso. En la Plaza Al Ferdaws (El Paraíso), donde estuvo la estatua titanesca de Saddam que los televidentes de todo el mundo vieron derribar el día de la entrada de las fuerzas de la coalición, hay ahora una inscripción con pintura negra, dirigida a los norteamericanos en inglés idiosincrático: " *All done/Go home* " (El trabajo está hecho/ Vuélvanse a su casa).

En mis espasmódicas lecturas de estas últimas semanas, para hacerme una idea siquiera leve del país donde iba a venir, aparecía siempre mencionada la calle de Al Rashid, que fue en los años cuarenta y cincuenta la gran arteria comercial de Bagdad. Engalanada con las tiendas más lujosas, con ella soñaban y a ella venían a hacer sus compras las familias prósperas de Medio Oriente. El alma se me cae a los pies cuando la recorro, esquivando basurales hediondos, restos que escarban perros macilentos, despojos y ruinas.

Hace falta imaginación para divisar las antiguas mansiones de los poderosos y las extintas tiendas elegantes de lo que fue Bagdad hace medio siglo en estas construcciones desfondadas, cojas, tuertas, mancadas, saqueadas y quemadas -se diría un decorado de teatro, en efecto-, a punto muchas de ellas de desmoronarse sobre los puñados de vecinos que, bajo los portales y columnas, sentados en banquitos o en el suelo, impávidos al desastre, conversan mientras van vaciando en el platito que lo sostiene el vaso de té caliente, y sorbiéndolo de a poquitos.

Pero, una transversal de la calle Al Rashid es la callecita Al Mutanavi, donde todos los viernes en las mañanas hay una feria popular de libros viejos. Dos veces he estado allí y las dos me he sentido estimulado y contento, entre esa abigarrada muchedumbre que curiosear, pregunta, compra o vende esos libros y revistas tan viejos algunos que sus páginas se deshacen en los dedos. La callecita es angosta, en escombros, de tierra, pero cálida y hospitalaria, y escenario de un activo comercio.

En esta ciudad hay muchos lectores, es evidente. Algunos deben ser de clase media pero la mayoría son muy pobres, y de todas las edades. Hojean con avidez los viejos infolios religiosos, miran asombrados las revistas con bailarinas semi desnudas en la carátula o señalan los titulares de los viejos periódicos. Hay grandes fotos, de ayatollahs e imanes que fueron asesinados o exiliados, y también de políticos, de revolucionarios, folletos comunistas, y muchos libros de poesía. En uno de los puestos, encuentro las memorias de Neruda, "Confieso que he vivido", traducidas al persa y publicadas en Irán.

Cierro el día en uno de los pocos restaurantes que siguen abiertos en Bagdad, The White Palace, donde espero poder emanciparme del maldito pollo frito por el que he concebido una inquina totalmente injusta. En efecto, la especialidad de este lugar es el Cusi, un cordero sazonado con especias y arroz blanco. Un verdadero manjar, me aseguran. Pero no puedo acompañarlo con el vaso de cerveza helada que convenía porque el local no vende bebidas alcohólicas. Los amigos que me acompañan se sorprenden: bebieron cerveza aquí mismo, hace pocos días. La explicación es que fanáticos religiosos han empezado a exigir bajo amenazas de muerte a los dueños de restaurantes que impongan la ley seca. No importa, incluso con agua -como exclamaría Ahmad Hadi chupándose los dedos- ¡el Cusi es de veras delicioso!

Por Mario Vargas Llosa
Para LA NACION

http://www.lanacion.com.ar/03/08/07/dx_517336.asp
LA NACION | 07/08/2003 | Página 04 | Exterior